

José Martín Recuerda (Granada 1926), dirigió el Teatro Universitario, la legendaria cátedra «Juan de Encina» en Salamanca, fue dos veces Premio Nacional Lope de Vega y arrasó en 1977 con «Las arrecogías del Beaterio de Santa María Egip-

ciaca». Luego fue como si hubiera desaparecido aspirado por una ciénaga de olvido. En realidad, él sigue trabajando —ahora ultima «Las reinas del Paralelo», con Carlos Cano— y confía en representar una de sus obras durante la Expo.

DEVOCIONARIO ANDALUZ

JOSE MARTIN RECUERDA

La espera desesperada

JUAN MARIA RODRIGUEZ

DESDE esta casa que es casi un enclave de piratas, el sueño idílico de un monje cartujano, y sobre la que cae ahora, como un milagro, una luz de miel de atardecer, esa luz tostada del membrillo, José Martín Recuerda casi palpa las laderas blancas de Sierra Nevada y, al otro lado, huele el azul hiriente del mar abierto. También se pregunta a menudo qué cosa es España y aún se lo sigue interrogando porque no tiene respuesta. No importa, aquí, donde las horas son espesas y los minutos transcurren olorosos, Martín Recuerda, que ha hecho de la espera un oficio, tiene de sobra para buscar una respuesta o perderse él mismo en la materia de su búsqueda como casi parecía haberse perdido de este mundo, quizás desengañado de lo efímero del éxito, quizás para recluírse como un anacoreta, o quizás expulsado porque fue excesivamente rebelde. Sea como fuere, sigue existiendo en un rincón sobrenatural de Salobreña el mismo Martín Recuerda —voz pausada, maneras parsimoniosas, estapa de cura o de fraile— que ya hace años se distinguió por cultivar la heterodoxia.

—Ya veo que el teatro es una cosa muy traicionera y lo mismo estrenas que no estrenas. No me siento un desaparecido. Yo trabajo y creo que lo que es de verdad, se hable de ello o no se hable, siempre está continuado y donde menos te piensas está una obra mía. ¡Si supieras la cantidad de revistas extranjeras que recibo con artículos donde se habla de mí! Constantemente. En Inglaterra, EE UU, Alemania... Yo no me puedo quejar, en absoluto.

—Sin embargo, a menos distancia, a sólo sesenta kilómetros de aquí, en Granada, le concedieron la medalla de la ciudad hace unos tres años y el alcalde todavía no se la ha puesto...

—Sí, es verdad, todavía no me la ha puesto. Aunque en Almuñecar hay una plaza y un teatro que llevan mi nombre.

—Resumiendo: ¿no se siente usted marginado, excluido, olvidado en Andalucía?

—No... bueno, la verdad es que yo pediría a quien me pudiera oír que a mí me gustaría extraordinariamente dirigir una obra mía en Sevilla, en la Expo. Haría «El engaño», que fue Premio Nacional Lope de Vega... Yo no se que es eso del CAT porque yo no lo he visto (me mandan una felicitación por las Pascuas, ¡puff!), pero sé que han venido a Motril y han hecho «Las de Caín», de los Álvarez Quintero, saliendo todos con patines por aquí y por allá... Todo eso es ridículo, eso es no saber el camino que el teatro debe seguir... Pero, yo no me puedo



El dramaturgo andaluz José Martín Recuerda pasa sus horas en su refugio granadino de Salobreña.

sentir olvidado porque hay más de treinta tesis doctorales escritas sobre Andalucía a través de mis obras, y yo estoy en la Historia de la Literatura de Estados Unidos y de otros países y en, y en...

—No siga. Porque, además, imagino que viviendo en este corner del Paraíso que se ha buscado las rencillas locales acaban interesando poco o nada, ¿no?

—¡Puffff! Mira, a mí me decían, al principio, que siguiera los pasos de Benavente o de Arniches. ¡Pero yo no podía! Por eso, ¿qué he hecho?: dar clases toda mi vida. ¿Cuánto he escrito?: en las vacaciones, unas treinta obras. Bueno, ¿pues sabes lo que hace falta para pedir limosna y estrenar? Porque hoy se estre-

na a base de pedir limosna. Y yo no sé, yo no puedo. Yo no puedo hacer lo que un día me dijo Antonio Gala. Me iba yo, con lágrimas en los ojos, para Estados Unidos y en la casa que tenía Antonio en Madrid fue y me dijo: «Te vas porque te da la real gana. Porque escribiendo como escribes debes aprender el camino que yo sigo. Y el camino que yo sigo es el siguiente: si a mi casa vienen Raphael o Sara Montiel antes de que se sienten levanto la mano y digo, ¿cuánto?». Para eso hay que nacer. Pero yo hice mi carrera para vivir de ella... ¡y si tú

supieras la de nombres ilustres que he albergado en mi casa porque no tenían para comer!

Secreta necesidad

A Martín Recuerda se le ha turbado el rostro y, por un momento, la cara sonrosada y limpia, una cara salitrosa de lugareño costero, ha desaparecido sepultada por un golpe de despecho, de memoria algo iracunda. Enumera entonces Pepe Martín Recuerda una reata larga de primeros nombres de la escena española que, en algún momento, han comido de sus manos en las temporales de apuro. Fluye en ese instante de genio una secreta necesidad de ajuste de cuentas con la His-

manchar ahora una larga trayectoria de cortesías, la dignidad independiente de un rebelde?

—Y como no podía, ¿mis obras, qué han sido? Pues de una gran rebeldía, con todos los personajes que me ha dado la gana... Sin pensar en nada. Hay autores, como Antonio Gala, que habla muy bien y es muy simpático, a los que la crítica pide que se retire y no escriba más porque está perdiendo el tiempo... a mí no me han tenido que decir eso nunca.

—Ese mundo de rebeldías que usted trasladaba al teatro, ¿era quizás la sublimación de algún mundo interior que usted no conseguía vivir plenamente?

—No, mira, escribir para mí es una cosa muy difícil. Yo veo un mundo y empiezo a escribir, pero cuando escribo ya no veo el teatro, veo a los personajes que empiezan a hablarme y yo ya no soy yo. Nunca puedo decir de antemano: «Ahora voy a escribir tal cosa». Depende de los personajes. Yo no se si eso es esquizofrenia: es una manera de escribir. Por ejemplo, ahora tengo empezada una obra que se llama «Colón en el convento de San Esteban» y yo deseo con todo mi cariño que haya más actores que público.

—¿Y por qué?

—Pues, ¡Yo qué sé!

—También sé que tiene una obra llamada «La Trotsky se va a las Indias» que es la his-

toria de una sevillana que quiere montar un chiringuito en La Cartuja. Y no la dejan. Pero, hombre de Dios, con éstos argumentos, ¿de verdad quiere estrenar?

—Pero no me importa porque deja la realidad de España en su sitio! ¡Y eso, ¿no es hermoso? Mira, ahora mismo están traduciendo ocho obras mías al japonés. ¿Yo me puedo quejar? ¿Por qué, porque no estoy encima de unas tablas haciendo el ridículo?

—También ocurre que usted se ha mantenido como un autor más realista, quizás más político...

—No yo no soy político. Nunca he militado y no creo que haya partido que me soporte porque yo soy un rebelde. ¡Y mi único amor es España!

—No sabía que tuviera usted ese ramalazo patriótico. Lo dice verdaderamente enardecido...

—Pues no sé si será patriotismo. Pero yo, antes que nada, amo a España.

—Bueno, decía que sus obras lucen un contenido político más o menos expreso ¿no?

—Lo que pasa es que yo escribo reflejando la España que veo. Pero no confundas tu al realismo. No me gusta hacer citas pero, mira, decía Dámaso Alonso una cosa muy bonita: «el realismo auténtico es poesía». Y la poesía no tiene límites. Cuando hacen un realismo con profundidad estás tocando la poesía del ser humano y ésta poesía refleja la España que veo. Y eso es mi pecado. (...) Bueno, aquello que te decía de Colón. Quiere mostrar las visiones de Colón en el convento y quiere que sus visiones sean en el patio de butacas y que se llene todo de gente y que el público esté en los palcos. ¿Y que visiones te crees que son? El Sendero Luminoso, los escuadrones de la muerte, el narcotráfico..., escenas cruelísimas de toda esta España que con la Expo creemos que estamos abriendo camino y que vamos a ser los mejores... ¡Es un absurdo! ¡Es horroroso!

—¿Y usted quiere estrenar eso en el Lope de Vega durante la Expo? Usted está chiflado.

—No, yo lo que quiero hacer allí es «El engaño», que ya se hizo una vez; pero mal. Sería una pena no hacerla y no la haré porque yo no estoy metido en politiqueros y en el amiguismo que hoy se estila tanto... Pero me gustaría hacerla en Sevilla. ¿Y para qué? ¡Para orgullo de España, para orgullo de Andalucía y del mundo! ¡Y que viniera el Peter Brook, el Scaparro y toda esa gente que va a venir y yo, que gané a catorce naciones en Parma y a otras



“ Quien escribe obras reflejando la España que ve, ese, ese estorba. Y ese es mi pecado

toria, una urgencia imperiosa por situar a cada nombre ilustre en su sitio, y situarse él mismo. Es como una venganza de niño cuyo placer le colma plenamente durante un día, porque al día siguiente Martín Recuerda se arrepiente y solicita con vehemencia que los nombres no aparezcan. Y así queda. ¿Para qué

●●●

catorce en Montpellier quiero mostrar en mi tierra mi fuerza de dirección!

—A la vista de tantos impedimentos para estrenar, ¿se puede decir que a usted le fue mejor con el franquismo que con la democracia?

—Pues no. Ni con el franquismo ni con la democracia.

—¡A usted es que no le va bien con nadie, ¡qué desastre!

—Te voy a decir el éxito de «Las arrecogías...» porque fue: porque se estrenó en el momento de la transición política.

—Entonces, ¿usted se sintió utilizado políticamente?

—Claro. En aquellos momentos venía extraordinariamente bien porque el teatro tenía otro sentido ¡Y duró dos años en cartel!. Mira, que se te quede bien claro: en democracia o en franquismo, quien escribe obras reflejando la España que ve, ese, ese estorba. Ahora, aún estorbando, soy felicísimo porque se han escrito tantísimas tesis doctorales sobre mí que no me puedo quejar en absoluto.

—Cuidado. Recuerda que cuando se escriben muchas tesis sobre uno es que uno se ha convertido en pieza de museo, es demasiado mayor...

—No; hace veinte años que las escriben.

—Entonces es que usted se hizo mayor demasiado pronto.

—Ja,ja. Eso sí.

—Hábleme de cuando era niño y comenzó a sentir intuiciones hacia el universo del teatro. Porque usted se arrancó a escribir muy pronto. Con diez años.

—Con ocho o nueve años, yo hacía teatro en casa de unos amigos. Veladas familiares, así empecé yo. Escribir me gustó siempre, por instinto. Y escribí una novela —¿quien la tuviera!, es que de mi casa se ha llevado todo el mundo lo que ha querido—, que se llamaba «esperando». Así he pasado yo mi vida: esperando.

—Siempre esperando algo, ¿qué?

—¡Pero no yo, Antonio Gala se ha pasado también la vida esperando! A mí esa espera me ha llevado a ladesesperanza.

—¿Por hastío?

—¡No, por la espera, por esperar! Esperaba estrenar mas a menudo, esperaba todas esas cosas (...) Siendo yo un muchachillo tuve yo una enfermedad de los nervios, una crisis por el cambio de niño a hombre... no una depresión, es que tengo una sensibilidad a flor de piel, no lo puedo remediar... Y me la fueron creando mis propios hermanos diciéndome: «¡este niño que antes tenía tanta novia, lo bonito que era antes y lo feo que se ha puesto». Ja, ja, mis propios hermanos. Y me dió un complejo de feo que no te quiero decir ná. Estuve como dos años sin ir al instituto y, a los dos años, llegó un hombre al puesto de frutas de mi padre —mi padre—era un pobre obrero, pero magnífico trabajador bueno y honrado— y le preguntó a mi padre: «¿Y su hijo, ese que estaba loco?». Y mi padre me miró. De aquella mirada de mi padre surgió una de mis obras. Tuve la nece-

sidad de escribir y escribí «La garduña», la historia de una mujer que tiene un hijo tonto del que se enamora una chica, pero la madre no quiere no vaya a ser que quieran a su hijo por lástima.

—Un denominador común de su obra es esta atracción suya por la tragedia...

—No, no; también he escrito muchas cosas de risa.

—Me refiero a su atracción por los personajes marginales: los buscavidas, las prostitutas, los bribones... Ese reverso de la España oficial.

—A mí me ha interesado la gente desgraciada. Mucho. Esa gente que necesita que yo les de una limosna, un abrazo o un consejo. Yo creo que esto le ha pasado a muchos escritores. Pero también he escrito obras muy diferentes como una que tengo, «La familia del general Borja» a la que ya le ha dado el Ministerio una subvención, pero ahora, ¿para qué coño sirven éstas subvenciones?! Si la obra cuesta 50 millones y te dan 5 millones, ¿qué vas ha hacer? Pues tienes que ir a pedirlo al alcalde de Málaga que ponga la obra, y tienes que ir a la Junta esa de Andalucía... tienes que ir pidiendo limosna, ¡y no quiero pedir limosna!. ¡Porque he estado toda mi vida trabajando honradamente y dando miles y miles de clases y me han rifao en mis clases y me han rifao en mis obras cuando mis obras se ponen con la dignidad que tienen que ponerse!. Todo lo que sea pedir limosna no lo quiero. Yo no puedo ir con un carné entre los dientes de socialista o ir a éste, a Chaves, a decirle: mire usted es que yo quiero...¡No puedo, Chaves tiene que venir a mí!. Eso si es que creen en mí, y si no, me da igual. Chaves pasará, lo mío está pasando a la Historia; Chaves yo no sé si pasará a la Historia o no. Yo quiero un teatro total para Andalucía, y si se estrena, bien; que no se estrena, ¡me da igual!. Yo escribo por necesidad, y que Dios me conserve esa necesidad mucho tiempo. Yo vivo muy feliz y tengo un optimismo enorme.

—¿De modo que tantas penas no le han convertido en un pesimista?

—En absoluto. Yo sé que la vida es así y que la espera sirve para hacerte mejor. La espera sirve para no venderle a nadie. La espera me ha hecho feliz.

—¿Y aún espera?

—¡Uy, yo sí, siempre!. Tengo muchos proyectos para este año.

—Quería decir si espera algo vitalmente. Porque usted ya ha cumplido los 65, ¿no? y, vive aquí, como aislado, de vuelta de todo.

—Mira, si te digo una cosa, dirías que estoy loco, *chhalao*. Pero yo me creo que tengo veinticinco años y, para mí, todavía no he hecho nada de lo que tengo que hacer en teatro. ¿Qué si de verdad lo creo?. Pues claro.

—Pues efectivamente voy a tener que empezar a pensar que está chiflado...

—Bueno, tu piensa lo que quieras, pero no es sólo que crea que tengo veinticinco años, sino que nunca he sentido tanta necesidad de escribir y, últimamente, incluso de dirigir. ¡Estoy harto ya de que me hagan las cosas mal!